

ñalándonos los puntos más visibles, suenan con sílabas patéticas... Messines está a la derecha... Saint-Eloi, enfrente... Mont des Cats, a la izquierda... No hay duda, nos hallamos en el corazón de la lucha, en uno de los lugares más dramáticos de Flandes... Y, sin embargo, no logramos, por más esfuerzos que hacemos, fijar nuestro pensamiento en la guerra. Y con una inconsciencia que tiene algo de culpable, nos sentimos felices cual si asistiéramos a un idilio, cuando, en realidad, nos hallamos ante la más formidable de las tragedias.

Entre oficiales ingleses.

¡Quién diría que nos encontramos a quinientos pasos del enemigo, en una barraca improvisada para abrigar al Estado Mayor de un regimiento que combate en las trincheras vecinas!... El comedor en el cual acabamos de almorzar, parece el de una casa rica de Londres o de París. La mesa no es sino una tabla de pino colocada sobre dos veladores; pero el mantel, bordado y florido, que la cubre, conviértela en la más elegante de las mesas. Y sobre el mantel hay copas de varias formas, muy finas, muy cinceladas, muy blasonadas, copas para el whisky, copas para el oporto, copas para el borgoña, copas para el champaña. Y las fuentes son de porcelana de Limoges, con filetes dorados y con iniciales entrelazadas.

— Están ustedes aquí como príncipes — exclama uno de mis compañeros.

El coronel que nos ha invitado, sonríe irónicamente, y contesta :

— ¡Ah! No... Muy poco confortables... No tenemos hielo... Además, el piano está desafinado...

Otro oficial nos ofrece cigarros magníficos y nos aconseja que, para tomar el café, abandonemos nuestras sillas y nos arrellanemos en las *rokingchers* que se hallan junto a la ventana.

— El café — agrega el coronel — no es bueno... El cognac, sí... Francia es un gran país...

Todos los oficiales sonríen, animados por el buen almuerzo. En la estancia reina una atmósfera de fina cordialidad que nos hace olvidarnos de la guerra, de sus horrores, de sus fatigas, de sus miserias. Hay algo de coquetería en el empeño que ponen estos hombres en hablar de cosas frívolas. En la mesa, un teniente, rubio y rosado cual una señorita, nos ha dicho su entusiasmo por las nuevas modas femeninas, y un viejo *major*, con cara de *bull-dog*, nos ha referido anécdotas sobre Lloyd George. De la patria, del honor nacional, de los alemanes, de los cañones, nadie ha dicho aún una palabra. Todos ellos, sin embargo, llevan dos años peleando; todos ellos ostentan en el pecho las medallas que sólo se ganan con actos extraordinarios de heroísmo; todos ellos forman parte de lo que, en ese ejército improvisado en cuatro días, se llama el cuadro de los veteranos. El *major*, especialmente, parece, a causa de las profundas cicatrices que tiene en el rostro, un guerrero algo feroz. Pero cuando, hace un instante, me permití preguntarle en dónde lo habían herido, contestóme con un acento infantil:

— ¡Ah! Muy feos estos agujeros... Los *boches* no son delicados...

*
* *

Si los *boches* no lo son, los ingleses, en cambio, lo son en tal extremo, que llegan a desconcertarnos. Vestidos con una elegancia refinada y sobria, estos oficiales parecen siempre más dispuestos a asistir a una *garden-party* que a una batalla. Todo en ellos es nuevo, desde la

gorra de plato hasta los *leggings* de piel clara. En vez de un sable inútil y molesto, usan un bastoncillo ligero. Las solapas de sus casacas dejan ver el cuello inmaculado y la corbata de foulard. Sus manos blancas, sus uñas pulidas, sus rostros afeitados y sus cabelleras divididas por una raya intachable, denotan un cuidado infinito de sus personas, un cuidado algo femenino, diríamos en España. Pero hay tal expresión de vigor, de agilidad, de salud varonil en el conjunto, que resulta imposible no admirar en ellos el tipo perfecto del hombre de acción capaz de todas las proezas y de todos los esfuerzos. La cortesía exquisita y la elegancia meticulosa no les impide compartir y hasta buscar las fatigas de sus soldados. Los franceses mismos, que tienen en la sangre la democracia militar, se asombran de ver, en los caminos de Flandes, a los coroneles y a los generales ingleses, marchando a pie, con la mochila a cuestas, a la cabeza de sus hombres. Y lo más sorprendente es que estos oficiales no parecen nunca ni cansados ni nerviosos. En plena pelea, según el testimonio de los propios alemanes, muéstranse tan tranquilos, tan cuidadosos de su *tenue*, tan fríamente corteses, cual en este comedor en que ahora nos ofrecen una copa de brandy. Ser *gentlements* ante todo: he ahí el ideal común. Porque la «gentlemanería» no es ya, como en tiempos pasados, un signo de aristocracia, un privilegio de casta, sino un don nacional, al cual pueden aspirar todos los que han tenido la suerte de ser bien educados. En el ejército, especialmente, el oficial, aunque salga de la clase de tropa, llega, en seguida, a adquirir las virtudes que distinguen al hombre superior. Hay algo que puede compararse con las leyes de los antiguos caballeros o con los cánones de los samurayes japoneses, en la disciplina

moral del oficial británico. Wordsworth lo ha dicho en un poema que parece arrancado a las gestas del rey Arturo: «Cuando el Destino los llama a afrontar las acciones terribles en las cuales se mezclan todas las pasiones furiosas, en su rostro brilla el goce del sacrificio; el combate es espantoso, pero él conserva siempre la calma de su corazón.»

Entre los militares que hoy nos reciben, hay algunos que han luchado ya en la India, en el Transvaal o en Egipto, y otros que hace dos años eran comerciantes, o banqueros, o simples *clubmen*. Todos resultan iguales, no obstante. La barrera que en Alemania separa al profesional del reservista, no existe en Inglaterra. Este fenómeno los ingleses lo explican, algo humorísticamente, diciendo:

—Hasta ahora no había entre nosotros sino *amateurs*... Éramos oficiales por *sport*, para montar a caballo, para viajar por las colonias... Pero, en el fondo, seguíamos siempre siendo simples «civiles», lo mismo que nuestros compañeros, que sólo luchaban en las regatas y en los campos de *golf*...

*
*
*

¿Hay modestia en tales palabras?... No. Lo que hay en esto, como en todo lo que se refiere a las fuertes cualidades de la raza, es una especie de discreción pudorosa que se rebela contra aquello que puede parecer fanfarronería. Ahora mismo que, a fuerza de insistir, hemos logrado orientar nuestra charla hacia la actualidad guerrera, nuestros huéspedes nos hablan con entusiasmo de las proezas francesas, pero no de las suyas propias. Y cuando, después de muchas copas, el *major* de cara

de *bull-dog* se decide a contarnos su última aventura, ya popular en Inglaterra, lo hace en términos tales que lo trágico, lo épico que en ella hay, se oculta entre lo cómico del relato.

— Una tarde — nos dice —, creyendo que la trinchera situada frente a la mía estaba completamente vacía, di un salto y me asomé al parapeto de los *boches*. ¡Plum!... Un oficial prusiano estaba ahí, rodeado por un grupo de soldados. Por instinto eché mano a mi revólver, pero al acordarme que no estaba cargado, tuve ganas de tirarlo... Mi asistente me dijo al oído: «Apunte usted.» Yo apunté. Entonces el prusiano levantó las manos, gritándome en inglés: «Dont't shott...» Aquella frase me tranquilizó el ánimo y me hizo adquirir un gran valor... Convertido en un verdadero Tartarín, le contesté: «A todos los mataré en el acto, si no entregan sus armas.» Todos entregaron sus fusiles, que mi asistente fué sacando uno por uno... Eran nueve... Cuando estuvieron desarmados, me dirigí al oficial y le dije: «Míster Boche, si usted continúa así, tan amable, tendré el gusto de invitarle a pasar una temporada en Inglaterra... Pero si usted se mueve, tendré el sentimiento de obsequiarle con una de estas balas de ordenanza y de enterrarlo luego en este mismo agujero indigno de un *gentleman*...» De nuevo el prusiano gruñó: «Dont't shott». Entretanto mi asistente había ido a buscar una patrulla para reemplazar mi revólver sin balas... «¿Tiene usted un poco de tabaco, míster Boche?», pregunté a mi prisionero principal. Sin abrir los labios me dió un cigarro, y luego se llevó la mano a la faltriquera del pantalón... Yo tuve miedo de que sacara una pistola menos inofensiva que la mía, y le grité: «¡Arriba las manos, míster Boche... Los bolsillos son cosa mala en la guerra... Si insiste usted en buscarlos,

tendré el disgusto de dispararle una de estas balas que son muy desagradables y que hacen unos agujeros muy feos en la cara... ¿Ve usted mis cicatrices?... Me las han hecho los fusiles alemanes, que son muy groseros... Pero todavía son más groseras estas balas que lord Kitchener nos da para matar a los que no quieren convencerse de que la guerra es un juego villano... ¡Ah, mister Boche, ya veo que es usted un hombre prudente y cortés, y que no insiste en buscar cerillas!... Yo tengo cerillas.» En aquel mismo momento llegó la patrulla que había mandado buscar y se apoderó de mis prisioneros, después de quitarles los cuchillos a los soldados y un magnífico browning al oficial. Cuando ya no había nada que temer, me acerqué al prusiano y le entregué mi revólver diciéndole: «Mister Boche, puede usted guardarlo como recuerdo, porque está descargado...» En vez de darme las gracias, me escupió... ¡Ah, no era un *gentleman* aquel mister Boche!...

Los oficiales que nos rodean ríen como niños al oír esta anécdota, mientras el *major* continúa muy serio, con su cara de *bull-dog*.

— ¡Es un tipo! — dice el coronel. Y agrega:

— ¡Pensar que antes de la guerra no se ocupaba sino en escribir la historia del obispado de Sallisbury!... Pero ahora le ha tomado tal gusto a la guerra, que está dispuesto a no volver a su biblioteca de teólogo...

— ¡Ah, no! — exclama el buen guerrero —. ¡Ah, no!... A mí no me gustan estas cosas... Yo soy un *conscientious objector* muy pacífico...

*
**

Poco a poco, cada oficial se decide a contar alguna anécdota, pero no personal, sino ajena. Ninguno de ellos

quiere ser el *Int of the business*... Y todos, como si se hubieran puesto de acuerdo para darnos muestras típicas de lo que es el ingenio británico y el carácter británico, mezclan con lo trágico algún detalle humorístico o caballeresco. Se ve que lo más admirable para ellos, lo que más halaga su amor propio nacional, no es justamente el arrojo, el heroísmo, el bello gesto sanguinario, sino lo que hay de ingenioso o de extraño en las hazañas guerreras.

— Hace pocos días — dice el coronel — uno de nuestros compañeros que se hallan en las inmediaciones de Iprès tuvo noticias de que un espía alemán, educado en Inglaterra, hallábase en su sector vestido con el uniforme de uno de nuestros oficiales muertos. Sus papeles estaban en regla, puesto que eran los papeles del difunto. Sin embargo, el servicio de la Seguridad lo había descubierto. Nuestro compañero llamó al espía y le ofreció una copa de whisky. Luego, muy fríamente, le dijo: «Señor mío, ese líquido estaba envenenado y dentro de una hora va usted a morir en medio de los más atroces dolores.» El espía se puso lívido; pero no pronunció una palabra. Nuestro compañero, con un ligero escrúpulo, por el temor de haberse equivocado, agregó: «Si usted quiere que llame al médico para tratar de salvarle, confiese usted mismo su crimen y entrégueme los documentos que ha robado a un cadáver.» El espía se puso de pie, dudó un momento y al fin dijo: «Es cierto...; perdón...; me han obligado.» Satisfecho de su estratagema, nuestro compañero hizo dar al alemán un vomitivo formidable, que le obligó arrojar no sólo el inofensivo whisky, sino una serie de papeles muy finos, en los que había croquis de nuestras baterías...

— ¿Y luego? — pregunta alguien.

—Luego— contesta muy friamente el coronel— nuestro compañero le dió las gracias por su amabilidad y lo hizo fusilar.

Todos los ingleses ríen de nuevo, mientras nosotros, que no comprendemos bien el humor británico, tratamos penosamente de sonreír.

*
* *

Un capitán, muy fino, que hasta ahora no ha dicho una palabra y que desea sin duda borrar la impresión que esta anécdota algo macabra nos ha producido, nos habla de las tradiciones caballerescas del ejército y de la marina.

—La semana pasada— nos dice—, encontrándome en Plymouth, se anunció la llegada de un barco que había tomado parte gloriosamente en la última batalla naval y que venía lleno de prisioneros. La guarnición, con su banda de música a la cabeza, disponíase a hacer un entusiasta recibimiento a los héroes del mar. Los buques anclados en el puerto se habían puesto su pavés de los grandes días. Todos los cañones estaban preparados para las salvas de ordenanza. De pronto apareció el barco heroico y un clamoreo inmenso se elevó en la playa. Pero al mismo tiempo un oficial dió orden a la música de no tocar y a los cañones de no disparar. El barco había pedido por señas que se guardara el mayor silencio. Todos nos preguntábamos a qué podía obedecer tal consigna, esperando con impaciencia el desembarco de los tripulantes. Cuando éstos llegaron al muelle tuvimos la explicación de aquel misterio. El comandante traía muchos alemanes cautivos y no quería que se hicieran manifestaciones ruidosas que podían herir

los sentimientos de adversarios que se habían batido con valor.

— *Well!* — murmuran los demás oficiales, más satisfechos de este rasgo que de un acto de temerario arrojo.

Y es que el valor personal es una cosa tan natural, tan indiscutible en este ejército, que no parece digno de ser celebrado si no va realzado por algún adorno ingenioso o caballeresco, por algún rasgo original, por algún sublime movimiento de resignación o por alguna broma clownesca.

— Una tarde — dice el teniente sonrosado — mi asistente cayó a mi derecha herido mortalmente. Su rostro lívido indicaba terribles sufrimientos. Cuando trajeron una camilla para llevárselo, no pude menos de decirle algunas palabras compasivas. Pero él, tratando de reír, contestóme: «Lo único que siento es que no le he planchado a usted su casaca nueva...; no se la dé usted a nadie, no se la vayan a echar a perder...; yo volveré pronto para plancharla, aunque sea del otro mundo...»

*
* *

Hay, indudablemente, en los rasgos más visibles y más sorprendentes de esta raza de héroes y de atletas, algo de puerilidad infantil. Hasta los oficiales que salen de los claustros de Oxford, y cuyas cartas han sido publicadas últimamente por Maurice Barrés, parecen incapaces de elevarse a las ideas generales, de reflexionar con amplitud filosófica: todo es en ellos, como en los militares profesionales y como en los voluntarios poco intelectuales, preocupación de detalle, espíritu de pequeña observación, amor del humorismo. «La guerra—

dice uno de esos doctores oxfordianos — nos hace apreciar en su justo valor el *confort* ordinario de la vida: por una comida en New College, yo diría *Benedictus benedicat* con todo mi corazón.» Otro escribe: «No me agrada la idea de que me maten; pero no crea usted que es por cobardía. Sería increíble que un hombre sano y que se respeta no sufriera en esta guerra. Los alemanes son demonios, y hay que acabar con ellos.» El tono es siempre el mismo: un tono ligero, algo prosaico, nada metafísico, nada lírico... Yo no he leído aún una carta en la cual se note la voluntad de demostrar una verdadera elocuencia inflamada por un patriotismo trascendental. Cada uno habla de sí mismo, de lo que ve de cerca, de lo que le interesa personalmente. Y lo extraordinario es que las más trágicas de las voces, las que salen del hospital o de las trincheras bombardeadas, son las que casi siempre están impregnadas de risas. Un redactor de la *Revue de Paris* cuenta que el día en que por primera vez emplearon los alemanes los gases asfixiantes, cuando mayor emoción reinaba en Amiens a causa de las noticias de la hecatombe inglesa de la víspera, encontré con un coronel cuyo regimiento había sido diezmado, y le dijo: «Le supongo a usted muy preocupado.» «Sí— contestóle el militar —, sí... Mi sastre me ha traído cuatro muestras de gabardina y no sé por cuál decidirme.» Esto choca, es indudable, esto sorprende, esto desconcierta... Pero cuando se ahonda un poco en el carácter británico, se descubre la grandeza de alma que todo un pueblo necesita para velar así, con alardes cómicos, sus pasiones, sus congojas, sus dolores y sus inquietudes. Nuestras preferencias personales pueden, como es natural, inclinarnos con mayor simpatía hacia el frente francés, donde el heroísmo toma una forma de

lirismo tan sublime que llega hasta la más religiosa elevación. Un grito como el de *Débout les morts!* será siempre una síntesis moral digna de perdurar por los siglos de los siglos. Los ingleses no conocen esos arranques, y tal vez ni siquiera los comprenden bien. Silenciosos, fríos, irónicos, se resignan a no saborear el soplo de poesía que anima a sus aliados. Pero en su tranquila elegancia algo desdeñosa, llegan, a su manera, con su humorismo, con su espíritu justiciero, con su noble y generosa sonrisa, con su arrojo caballeresco, a inspirar, no sólo respeto admirativo, sino profunda afección.

*

**

Uno de mis compañeros, cuando nos despedimos de los oficiales que nos han dado de almorzar, murmura:

—Son un tipos estos ingleses... Parecen de hielo, y son tan ardientes como los latinos... Son unos santos que se sacrifican voluntariamente por un ideal desinteresado y se ríen cuando nos oyen hablar del altar de la patria o de la religión de la bandera... Tienen un alma de conquistadores, y se empeñan en parecer jugadores de *tennis* o de *golf*. Son más capaces que ninguna otra raza de soportar las privaciones, las fatigas, los esfuerzos, los dolores, y hacen lo posible por convencernos de que no pueden vivir sin sibaritismo... ¿Los comprende usted bien?...

—No—le contesto—; pero los admiro por lo que tienen de soberbio y de divertido.

La fraternidad francoinglesa.

De todos los espectáculos a los cuales hemos asistido en el vasto teatro de la guerra en estos últimos días, ninguno me ha producido una sensación tan profunda y tan grata como el de la fraternidad francoinglesa. Es en la región de Saint-Pol, en las campiñas floridas del Artois, en los campamentos donde se unen las fuerzas de los dos colosos occidentales, donde se puede observar este fenómeno que hace apenas veinte años parecía imposible. Los oficiales vestidos de kaki y los oficiales vestidos de azul horizonte, animados por el mismo espíritu de sacrificio, rivalizan de cortesía y se dicen de nuevo como antaño, señalando al enemigo común: *Tirez les premiers, messieurs*. Pero más que en los oficiales, que en países de gran cultura tradicional son siempre una aristocracia, hay que buscar entre los simples soldados de almas ingenuas y bruscas, el secreto de los sentimientos íntimos.

Muchas veces, evocando los recuerdos de las innumerables luchas sostenidas a través de los siglos por ingleses y franceses, se nos ha ocurrido preguntarnos si era posible que la reconciliación impuesta por las circunstancias llegase jamás a convertirse en una amistad sincera. En el orden psicológico, muchos obstáculos parecían oponerse a este milagro. Con caracteres diferen-

tes, con modos casi opuestos de comprender la existencia, con ideales que no tienen de común sino el amor de la Justicia y de la Democracia, con costumbres que forman un perpetuo contraste, con *gestos* que ni siquiera se parecen, los dos pueblos estaban llamados a vivir separados por un foso moral más ancho que el canal que geográficamente los divide. Claro que separación no quiere decir enemistad ni antipatía. Aun en los días aciagos en que luchaban unos contra otros, los ingleses y los franceses se demostraron siempre la más caballeresca simpatía y el más noble respeto. Sin remontar hasta Poitiers y sin citar de nuevo las frases sublimes de Fontenoy, basta recordar las relaciones que, durante las guerras napoleónicas, sostuvieron los dos pueblos rivales, para convencerse de que no sólo no se han odiado, ni menos aún despreciado jamás, sino que siempre se estimaron, siempre se admiraron.

¿Qué gran poeta inglés no ha cantado la gloria de Francia, desde Shakespeare que pedía que entre San Jorge y San Dionisio crearan un ser mitad galo mitad británico para vencer al turco, hasta los jóvenes estetas de Londres que canonizan el simbolismo?... En la *Letania de las Naciones*, Swinburne hace que Francia, dirigiéndose a la Libertad, exclame:

Yo soy tu señora y tu portaestandarte,
 Tu voz y tu grito;
 Yo te lavé con mi sangre para embellecerte;
 Yo soy esa misma.
 ¿No son éstas las manos que te han salvado y te han nutrido?
 ¿No son estas manos?
 ¿No soy la lengua que ha hablado por tí, el ojo que te ha guiado?
 ¿No soy tu hija?

Y Kipling, en un poema magnífico, dice:

«Hemos peleado mucho, mucho; nos hemos dado golpes terribles, y nuestras armaduras conservan las huellas de nuestras espadas.»

Aquellas peleas, por fortuna, no eran embestidas a cuchillo; eran duelos hidalgos en los cuales, antes de medir sus armas, los adalides se saludaban con gentileza. La saña no llegaba nunca al alma. ¿No os acordáis, acaso, de la primera página del delicioso *Viaje sentimental*?... Al verse en París, Sterne alquila una casa, toma un criado y comienza a vivir tranquilo. Un día el oficial de Policía de su barrio le pide el pasaporte. Y Sterne, que no lo tiene, escribe: «Si hubiera pensado que estamos en guerra, habría pedido ese pasaporte; pero la verdad es que no pensé en ello al salir de Londres.» El oficial de Policía no insiste. La guerra, en aquella época, no era cual en la nuestra...

De lo que se trata, pues, no era de apreciarse, ni de admirarse, ni siquiera de amarse. De lo que se trataba era de congeniar. Y, naturalmente, todos nos decíamos: «Esos hombres fríos, tranquilos, silenciosos, rubios y flemáticos, no podrán nunca fraternizar con sus aliados morenos, vivarachos, locuaces, nerviosos, sonrientes, alegres.» ¿No pasa acaso lo propio entre hermanos verdaderos? En la vida, más que el amor, es el carácter el que determina las intimidades. Y el humor británico (que cuando ríe se llama *humour*) y el humor galo (puro buen humor con mil humoradas ligeras) han sido y serán siempre dos cosas opuestas. Tratad de imaginar un diálogo entre Swift y Rabelais, y veréis que no hay medio de que se entiendan. El mismo Oscar Wilde, que se creía muy parisiense, fué siempre en el Bulevar un tipo extraño en el cual había algo de impenetrable y de enigmático.

La lucha actual, empero, ha realizado el milagro de unir a los dos pueblos.

Al principio, según nos lo aseguran los oficiales, las relaciones fuera del campo de batalla eran algo tibias entre soldados. La frialdad de los ingleses hería a los franceses. Los ingleses, por su parte, se sentían inquietos ante las risas de los franceses. Existía la amistad, en suma, pero no la *camaradería*. Eran compañeros de esfuerzos, de peligros, de heroísmo, de sufrimientos, pero no de alegrías. Se admiraban, pero no se buscaban. Y ha sido necesario un largo trato de dos años para que, poco a poco, unos y otros lleguen a comprender que, en el fondo, la seriedad y la ligereza no son sino dos máscaras nacionales creadas por el clima o por la tradición para ocultar un fondo común de sencillez sincera, de nobleza inquebrantable y de orgullo sano.

Yo me acuerdo que un día alguien le preguntó a un inglés:

— ¿Cuál es el primer pueblo de la tierra?

— Inglaterra — contestó.

— ¿Y después de Inglaterra?

— Francia.

Poco después, dirigiéndole a un francés la misma pregunta, oyó responder: «Los primeros nosotros, y los segundos los ingleses.»

Con una base así, no es nunca difícil llegar, a la larga, a compenetrarse si se consiente en mutuas concesiones superficiales. Porque todo es superficial si el alma no se mete en el asunto.

Y el alma de los dos aliados que ahora se abrazan en los campos sagrados de Flandes y del Artois, es una misma. «El odio común — dicen los observadores lejanos — ha unido a esos hombres.» El odio no. No hay

odio en los que se hallan en las trincheras. El odio se queda para los periódicos, para los discursos políticos, para las conversaciones de cafés parisienses o londinenses. Allá, bajo la metralla, no hay más que un profundo desprecio por los alemanes como pueblo esclavizado por el cesarismo, y un profundo respeto mezclado de piedad por los alemanes como guerreros. No es el odio, no. Es algo más grande y más consolador: es la compenetración diaria, es la hermandad en el peligro, es la conciencia de llevar a cabo una misma obra salvadora, es el estudio inconsciente, en fin, de las virtudes mutuas, lo que establece la alianza moral cuyas manifestaciones nos conmueven hoy en estos campamentos francobritánicos.

Hay que leer las cartas de los Tommy para comprender cómo se ha creado, en el amor más que en el rencor, esta fraternidad. Oíd estas palabras de un herido, que descubre en una enfermera el alma de Francia:

«Había una muchacha francesa ayudando a vendarnos; no sé cómo lo podía soportar; había casos horribles, pero ella nunca retrocedía, nunca le faltaba una sonrisa dulce y triste para cada uno. Si alguien merece un sitio preferente en el cielo, es este ángel. ¡Dios la bendiga! Ella monopoliza las plegarias y el cariño de los supervivientes de nuestra división. Todo el pueblo francés es en extremo generoso, pues nos dan todo lo que deseamos. No hay más remedio que quererlos, especialmente a los niños.»

Oíd también a este otro inglés que habla desde las trincheras:

«La lucha ha sido últimamente muy ruda por todas partes, y más para los franceses en algunos sitios donde a pesar de todo se mantienen virilmente, mereciendo

ganar una victoria que borre a los alemanes del mapa. Cuando nos cruzamos con ellos, por muy ocupados que estén, nos saludan con entusiastas aclamaciones para animarnos en nuestra marcha. Hay mucha amistosa rivalidad entre nosotros para ocupar los sitios de mayor peligro, y si conseguimos llegar antes que ellos, se resignan con su suerte. Hay un bonito *sport* en el fondo de esta rivalidad, y el soldado inglés lo acepta siempre con gusto.»

Y oíd a este último guerrero británico :

«Si el pueblo francés se entusiasmaba con nosotros antes de ponernos a prueba, ahora que hemos en cierto modo justificado nuestra existencia, se muestran delirantes. En los pueblos que atravesamos somos recibidos con tales demostraciones, que me imagino deben estar celosos de nosotros los soldados franceses. La gente no parece tener ojos más que para nosotros y hacen todo lo que pueden para tenernos satisfechos. Nos dan lo mejor que tienen, aunque esto sea poco, después de haberse llevado los alemanes todo lo que han visto. La intención es lo que más nos halaga, pues aunque nos ofrecieran sólo un vaso de agua, estaríamos agradecidos. Los más de nosotros nos alegramos de luchar por una nación digna de ello, y la experiencia nos enseñará en lo futuro que no puede haber ya motivo de discordia entre Francia e Inglaterra.»

Pero es un campesino francés, que nos ofreció en una aldea de Picardía una copa de sidra, el que más gráficamente nos ha hecho comprender el cambio que la guerra ha operado en las relaciones francoinglesas :

— Esos hombres que antes nos parecían muy raros — nos dijo — se nos figuran ahora nuestros hijos... Es enternecedor el frío entusiasmo con que defienden

nuestras aldeas, rivalizando con nuestros «peludos» en heroísmo...

Sí..., sin duda... Además es reconfortante para el porvenir, como un símbolo que puede representar la paz del mundo, pues del mismo modo que Malherbe en el siglo xvii aseguraba que toda la tranquilidad de Europa estaba en manos de Francia y España *unidas*, hoy puede decirse que el misterio de mañana reside en la fraternidad anglofrancesa. Romped la alianza de estos dos pueblos, y poco después de la paz volverá a encenderse el incendio. Conservadlos aliados, y el universo podrá respirar sin sobresaltos. Para lograr esto último, los intereses estaban ya ahí, desde hace un siglo. Pero faltaba el soplo de simpatía, faltaba el amor, faltaba más que nada la compenetración de los caracteres. La guerra ha logrado este milagro. Maldigamos a la guerra por sus horrores, por sus lutos, por su sangre, por sus llamas, por sus odios, por sus miserias, por sus gestos macabros. Maldigámosla por ser la guerra y por ser la guerra de los bárbaros contra los civilizados. Pero al mismo tiempo, por haber hecho de dos antiguas rivales, dos hermanas del alma, bendigámosla.